

vinagre sobre el vientre; los resultados, son en jeneral, prontos i felices.

Hemos visto, pues, la diferencia bastante grande que existe entre el Cólera asiático i la Lepidia de calambre, pero no podemos negar que existen muchos puntos de contacto entre una i otra enfermedad, tales como la naturaleza de los vómitos i la deposicion que, en ámbas enfermedades, tienen el aspecto de agua de arroz, la intensidad de los calambres, la supresion mas o ménos completa de la orina, i el período aljido que, en una Lepidia de calambre aguda, es tan intenso, como en un caso de Cólera asiático, etc.

DON SALVADOR SANFUENTES. Estudio literario i político a él relativo.—Discurso pronunciado por don Marcial Gonzales en su incorporacion a la Facultad de Humanidades, el 3 de abril de 1861.

Señores :—Vivamente agradecido al honor que me habeis hecho llamándome a tomar parte en vuestras tareas i a ocupar el puesto de una alta reputacion literaria, disculpadme si mis palabras no corresponden a lo que teneis derecho de esperar del sucesor de un colega por tantos títulos ilustre i distinguido. Al pronunciar aquí el nombre de don Salvador Sanfuentes, paréceme qué yo renuevo un dolor público i agravo el sentimiento de la patria por la pérdida de uno de sus mejores hijos. Pero hágolo, señores, ante vosotros que le llorais aun, i pago este tributo de justicia ante la Universidad, la primera en reconocer que ese nombre no ha muerto con el que le llevaba, sino que vive i vivirá largo tiempo en la memoria de los hombres buenos.

I en efecto, ¿cuántos i cuán bellos títulos se ha labrado mi antecesor, no solo al recuerdo, sino tambien al aprecio i gratitud de sus conciudadanos? Dotado de un talento vasto i comprensivo, ardoroso en el estudio i contraído desde temprano al servicio de su país, nunca dejó de dar pruebas de virtud, intelijencia i laboriosidad. Mui jóven aun, la rectitud i elevacion de sus principios, la inflexibilidad en el cumplimiento de sus deberes i su respeto a los preceptos de la ciencia i del honor, bastaron a conquistarle la estimacion de cuantos le conocieron. Poco despues excelente hablista, poeta i literato notable, orador parlamentario ilustrado, majistrado intejérnimo, administrador, historiador, publicista i Ministro de Estado bajo dos gobiernos, fueron ciertamente timbres bien dignos de llamar sobre él la atencion pública en Chile, como en cualquier pueblo que miré reflejada su propia gloria en la gloria de sus hijos, porque siempre la gloria de los grandes hombres, dice Guizot, es la gloria de su patria.

Sin duda que os admira, señores, la adquisicion de todos estos títulos

en una vida apénas de ocho lustros. A mi tambien me ha sorprendido, os lo confieso. No obstante, fácil es encontrar el secreto de esa universalidad en el hombre mismo i en las bellas cualidades de su corazon i de su espíritu. I si no cómo en años tan breves i entre tan diversas ocupaciones, el administrador, el majistrado, el estadista, tuvo tiempo bastante para consagrarse a la Filosofía i a la Jurisprudencia, i al estudio de la Historia, las Letras i las Lenguas? En momentos siempre ocupados, en horas robadas, no a sus deberes, sino al sueño i a los placeres de la juventud; en una alma siempre activa i en su deseo de aprender i de servir fué, señores, donde Sanfuentes encontró los conocimientos i la laboriosidad de que ha dejado a su patria tantos testimonios. Poemas, dramas, leyendas i composiciones históricas, escritos políticos i jurídicos, memorias universitarias i trabajos académicos, confeccion de variados proyectos i reglamentos relativos a la administracion de justicia, al culto i la instruccion pública, i multitud de leyes dictadas en todos estos ramos: hé ahí la tarea que, en su corta existencia, desempeñó tan cumplida como modestamente mi honorable antecesor.

La materia es abundante i el lugar no seria inadecuado para hacer aquí un análisis de esas obras; pero como este trabajo ha sido ya desempeñado por escritores competentes, yo me limitaré a recordaros que nuestro malogrado colega no solo fué un hombre verdaderamente distinguido, que ocupó toda su vida en el servicio de su pais, sino que ha sido tambien una clara intelijencia i un noble corazon. De otro modo no podria esplicarse esa existencia tan corta como bien empleada, tan laboriosa como útil, sea que miremos en el hombre al mas fecundo de nuestros poetas, sea que le sigamos en su carrera de abogado, publicista, majistrado i administrador de la República. Presa siempre de penosas enfermedades i sufriendo, como Pascal, por la debilidad de su naturaleza física, casi podria decirse que solo subsistió por el espíritu, i así es que nunca dejó de robustecerlo con sérios e importantes trabajos, desplegando una actividad infatigable en sus estudios científicos i en el desempeño de sus diversos empleos, extasiándose en el cultivo de las letras antiguas i modernas, i escribiendo obras de largo alcance, tanto en medio de sus tareas judiciales como dentro de su oficina de Intendente o en su gabinete de Ministro.

Ese hermoso concierto de facultades, esa bella armonía de gustos i de sentimientos, es, señores, una cualidad rara en nuestros tiempos, así como son raros en toda época los grandes injenios, i mucho mas cuando el espíritu de los pueblos está ya pulido i desarrollado. Sucede entonces a las intelijencias cultivadas lo que a los bosques, donde los árboles aglomerados i altísimos no sufren que ninguno eleve su cabeza sobre los demas. Así, cuando el comercio de un pais está en pocas manos es fácil el monopolio, que levanta fortunas prodijiosas a la vez que difunde la

miseria; pero cuando el tráfico es estenso, la comodidad i el bienestar son jenerales i las grandes fortunas son escasas o se constituyen con suma lentitud. Por eso el talento de mi ilustre antecesor, brillando particularmente entre los que iluminan el horizonte de la patria, ha parecido aun mayor i mas fecundo que era de esperarlo, pues por lo mismo que la educacion i la instruccion se han jeneralizado, por eso mismo se notan hoy dia entre nosotros tantos ménos ingenios superiores.

Pero si tales dotes fueron en gran parte obra de la naturaleza privilegiada de mi ilustre antecesor, no hai duda, señores, que contribuyeron poderosamente a desarrollarlas su contraccion al estudio i el rumbo que supo dar desde temprano al cultivo de su espíritu. Se ha dicho i con verdad, que las *Obras de Racine* i la *Aracana de Ercilla* despertaron el gusto poético de Sanfuentes; pero yo sé, por habérselo oído a él mismo, que nada influyó tanto como la literatura latina en el progreso de su intelijencia i en sus cualidades de escritor. Así i no de otra suerte es como debemos darnos cuenta de la pureza de su estilo, de su recto criterio, de su acendrado gusto en materias literarias i de los justos títulos con que obtuvo, por dos ocasiones, el Decanato de esta Facultad, que fomentando los estudios severos, auxiliares indispensables de toda bella literatura, forma la verdadera disciplina del ser intelectual i moral, estudia las leyes eternas de la intelijencia a fin de dirijir sus pasos, i pone en ejercicio los resortes del corazon para establecer sobre sólidas bases los derechos i los deberes del hombre.

I realmente, señores, que esa literatura de la antigua Roma, que encubre una filosofía profunda bajo el ropaje de un hermoso estilo, que eleva la razon sin violentar jamás el sentido comun, que adoctrina la memoria del jóven i fortifica el carácter del hombre maduro, es digna de ser alabada sin reserva i recomendada como un recurso poderosísimo de cultura literaria. En ella aprendió vuestro ilustre colega a ser sério i concentrado, aun en medio de las expansiones bulliciosas de la adolescencia. Las sublimes creaciones de Virjilio i las inspiraciones vivísimas de Horacio, combinadas con el alma de Ciceron, de Salustio i de Tácito, cuyas obras son cursos de Bellas Letras, de Política, de Filosofía i de Historia, eran para Sanfuentes acabados modelos literarios, en los cuales el talento se muestra siempre sagaz o sério, atrevido i disciplinado, inspirado en ocasiones por la mas elevada poesía, pero sin abandonar nunca la senda preciosa de la recta razon.

Mas, si salimos del aspecto de las formas para estudiar por un momento la faz moral i política de esa literatura, ¿cuál otra hai, señores, mas estimable por la sabiduría, la elevacion i la jeneralidad de sus doctrinas? Si Horacio es un tratado completo de filosofía práctica, i si Virjilio nos encanta con el prestigio de las virtudes modestas i sencillas de la vida privada, o nos eleva hasta la altura de la epopeya, templando el

corazon con la magnanimidad i la gloria de sus héroes: si Tácito nos admira por la severidad de su estilo i la elevacion de sus ideas, Ciceron, a su vez, populariza las nociones del desarrollo intelectual i da nueva vida i prestigio aun a las doctrinas abstractas de la ciencia pura. Críticos o moralistas, historiadores o filósofos, el estudio de esos escritores no solo eleva el pensamiento sino que ilustra la razon, no solo nos inspira ideas de nobleza i dignidad, sino que nos da fuerzas para superar los contrastes de la vida; crea en nosotros el amor al trabajo i al retiro, a esa disposicion particular del alma que encuentra goces inefables cuando, en medio de la soledad, paseamos nuestra intelijencia por el mundo vasto i brillante de las ideas.

Pero si el estudio constante de los escritores latinos, que Sanfuentes leia siempre en sus orijinales, nunca en traducciones, (porque la individualidad de una lengua i de un estilo es tan incommunicable como cualquiera otra individualidad, i porque el pensamiento apénas se trasvasa de una lengua en otra, mas su forma, su color i su armonía se escapan o se pierden casi siempre); el estudio de esos escritores, repito, que vuestro sentido Decano hacia por efecto de su notable vocacion literaria, tenia para él al mismo tiempo un objeto mas elevado i mas fecundo. Mi antecesor, señores,—vosotros debeis saberlo como yo—no fué nunca un hombre de partido. Ajeno a los odios de bandería i acostumbrado, por la rectitud de su juicio i la nobleza de su alma, a reconocer el mérito donde quiera que se encontrase, él dió pruebas bien elocuentes de no haber nacido para figurar en gobiernos de círculo, i por eso, elevando su espíritu sobre las miserias de una política falsa i restrictiva, e inspirándose en la armonía i el amor, nunca en la persecucion ni en las venganzas; guiado por miras de alto interes público i jamás por intereses antisociales o exclusivos, hasta en los últimos momentos de su vida leia con pasion a Tácito i a Salustio, creyendo que ningun estudio podia ser mas útil que el de tales escritores, hoy que, en materias de gobierno, sobre todo, campean tan unidos, que aun parecen haber hecho causa comun, el error i la verdad. I no solo pensaba que era imposible ser buen escritor, sino que tampoco ilustrado estadista, sin el estudio de tales obras, porque el amor de la libertad i del orden llevado en ellas hasta la pasion, el lenguaje de la fuerza i el vigor de la idea, la finura de las observaciones, el tino i la sagacidad con que descubren los intereses que nacen de las diversas situaciones sociales, todo, señores, era para mi antecesor, en esas producciones admirables del humano ingenio, una fuente de lecciones de política elevada i positiva, tan ajena a las declamaciones de la demagogia como estraña a la perversidad del despotismo.

En el alma noble de don Salvador Sanfuentes el labio i el corazon marcharon siempre acordes con sus afectos i su intelijencia. De ahí nace la perfecta armonía que reinó en todas ocasiones entre sus ideas i

su conducta, entre su educacion i sus principios religiosos i políticos: i por eso vemos tambien en todas sus obras, hasta en sus simples cartas, el sello de su individualidad: una probidad jamás desmentida i una filosofía llena de esperanza i de cordura; algo de grave i misterioso como el destino del hombre, elevado como nuestra fe i severo como el deber; lenguaje al alcance de todos los corazones honrados i que resuena en el fondo de nuestras almas como el eco de los sentimientos mas dulces i mas íntimos.

Pero nuestro sábio compatriota no solo estaba dotado de una clara inteligencia i de un noble corazon; era tambien, señores, un artista verdadero por su educacion i sus instintos. El arte no vive solamente de emociones i de esfuerzos en persecucion de la dificultad vencida: él vive mucho mas de sentimientos i de ideas. Esos tipos que el artista concibe i por los cuales expresa no solo lo que siente sino lo que comprende i lo que piensa, flotan vagos e indecisos en su espíritu, i solo abstrayéndose de su obra por el de la reflexion es como llega a contemplarlos i a revestirlos de una forma sensible, en una palabra, a hacerse creador. El poder de la reflexion es, pues, un elemento esencial del arte, o mas bien, es la esencia del arte mismo, i esa es la razon porque Sanfuentes, viviendo bajo nuestro hermoso cielo, poeta de corazon i de intuicion, dotado de sentimientos tiernos i jenerosos, pero mas que nada hombre esencialmente reflexivo, no pudo dejar de sentir la belleza exterior, ni pudo dejar de ser artista, porque en su naturaleza privilegiada seria imposible que hubiera dejado de encontrar goces inefables contemplando i estudiando la perfeccion de la forma bajo todas i cualquiera de sus manifestaciones.

I no solo era el ilustre Sanfuentes un artista por vocacion, era tambien, señores, un excelente dibujante. Pero el dibujo no juega en la pintura el principal papel, no es el elemento único e indispensable, porque el color es tambien un atributo esencialísimo. Este arte de los colores, de la luz i las sombras, que es uno de los principales elementos de la pintura, ¿cómo pudo dejar de penetrar en el alma de vuestro sábio colega con su gusto vivísimo por la correccion del dibujo i la belleza de las formas? En una alma tan completamente desarrollada como la suya i que tenia delicadezas de sentimientos tan finos, tan puros, tan esquisitos, como lo prueban en mil partes sus poemas, dramas i leyendas, solo por una aberracion habria podido quedar en la atonía esa cuerda simpática de una de las revelaciones mas espléndidas del arte humano. Mas él no era, señores, un aficionado vulgar; era un maestro en la materia, particularmente en el paisaje, cuya reproduccion le embelesaba porque lo habia estudiado mas a fondo; i no solo conocia todas las escuelas i todos los grandes artistas antiguos i modernos, sino su historia i la critica de sus obras, para lo cual cuidaba de leer hasta la última palabra de todas las cuestiones que interesaban a los progresos de la pintura. ¡Cuántas

veces las opiniones de Sanfuentes en esta materia no probaron a sus amigos, que si él era un adelantado i un hábil escritor, era tambien un hombre sumamente instruido i de un gusto delicado i finisimo en cuestiones artísticas!

Afortunadamente para Chile, señores, ese gusto no se limitó en mi honorable antecesor al trabajo aislado de pequeños dibujos o paisajes, hechos por mera distraccion i pasatiempo. Ese gusto esta revelado de un modo harto mas útil i fecundo en la creacion de nuestra *Academia de pintura histórica*, obra esclusiva del señor Sanfuentes. I a fé que la multiplicacion de sus alumnos i la boga que han tenido alguna de las obras ejecutadas por estos, si son un loor a los esfuerzos del ilustrado Ministro, son ademas una prueba elocuente del desarrollo del buen gusto i del progreso en que marchan entre nosotros la civilizacion i las artes que la embellecen i la completan.

Ni podria, en rigor, ser de otra suerte. Cuando un pueblo, por sus propios esfuerzos i aun contrarrestando los obstáculos que se le oponen, mejora su condicion intelectual, moral i material, incrementa su riqueza, multiplica los cambios, jeneraliza la educacion i difunde el bienestar en todas las clases, mal pudieran las Bellas Artes quedar estacionarias i como segregadas del movimiento universal. En las vías de la civilizacion el progreso es correlativo, i Chile no seria digno de la buena suerte que le cabe en lo material, no en lo político, si por cuidar del incremento de su riqueza i de su industria dejara de prestar atencion al cultivo del arte, que no es otra cosa que la representacion de la verdad i la fiel revelacion de lo bello i lo bueno en el espíritu humano. Por la industria, sea cual fuere, el hombre no hace mas que dar ocupacion i direccion a una vida que no es suya; pero el arte es la espresion de su propia vida, o mejor dicho, es su vida misma comunicándose a la humanidad i trabajando por eternizarse. Por eso la ciencia i la industria son tan distintas de las artes. Sin embargo, como el fin que se proponen es comun, desde que las unas i las otras solo tienden a la mejora i perfeccion del individuo, de ahí procede la relacion íntima que existe entre ellas i el paralelismo en que marchan, ya sea que progresen, se estacionen o decaigan.

Felizmente para nosotros, señores, el tiempo en que los talentos artísticos estaban condenados a yacer en la oscuridad o a morir en la miseria, parece haber pasado para siempre. La riqueza ha creado la necesidad del bienestar, la educacion ha cultivado las intelijencias, la industria i el comercio han traído a nuestras playas los refinamientos europeos; nuestras relaciones con los pueblos que marchan al frente de la humanidad nos han infundido sus costumbres, sus necesidades facticias i hasta sus instintos, el cambio continuo de productos i de ideas ha creado en nosotros, no solo el apego a las satisfacciones de la vida i el amor a las ciencias i las letras, sino tambien el buen gusto, es decir, el gusto por lo verdadero, lo

bello i lo bueno en materias artísticas. El impulso está dado pues, i no podremos ya volver atras. La riqueza podrá disminuir o no continuar en un desarrollo tan rápido como el pasado; pero, creado ya el gusto, los que consagren su talento i su tiempo al cultivo de las artes en Chile, pueden seguir haciéndolo, seguros de que su mérito no carecerá de jenerosos i noble estímulos.

Nuestras Academias de Pintura i Escultura no solo han producido ya algunas obras de mérito, sino que están formando jóvenes artistas que harán con el tiempo honor a su patria. Para complementar su educacion profesional resta solo que el *Concurso de Roma*, establecido por sus leyes orgánicas, llegue a ser una verdad i no como hasta aquí una vana promesa. Así los esfuerzos del Ministro Sanfuentes se verán mas pronto coronados por el éxito, al paso que la venida de algunos profesores i los viajes por Europa de chilenos de gusto i de fortuna, seguirán estableciendo entre nosotros esa útil comunicacion de las artes, que, no estando separadas como las letras por la diferencia de idiomas, forman entre los pueblos un vínculo mas directo, un lazo mas íntimo i fraternal, destinado a unir como en una sola familia a todos los que la cultivan. De hoy mas en Chile, como en cualquier pueblo que se diga culto, nada podrá ser tan duradero i envidiable como el jenio. Las leyes se olvidan, los gobiernos pasan sin dejar muchas veces ni siquiera un recuerdo; pero un verso de Homero o del Dante, una estatua de Canova i un cuadro de Leonardo da Vinci o de Rafael, son eternos como la belleza i la verdad.

Mas, no solo la Pintura i la Escultura chilena son deudoras de sus progresos a los esfuerzos de mi ilustre antecesor: sónlo tambien, i en alto grado, la educacion primaria, la Escuela Normal de preceptores, que él arregló en su primer Ministerio, pero mas todavía la Escuela de Artes i Oficios que instaló i fundó el año de 1845, despues de haber trabajado el plan de estudios i el reglamento que hasta hoy sirven de base para la enseñanza i órden interior del establecimiento.

Sin embargo, todas estas tareas i otras muchas en favor de la instruccion superior, del culto i la administracion de justicia, que él consideraba como la base del órden social, nunca bastaron a retraer su atencion del estudio de nuestras vitales cuestiones de derecho público. El señor Sanfuentes miraba con razon este ramo de la ciencia como el primero i el mas importante de todos. Por eso se le vió siempre tomar parte en todas las cuestiones de la prensa seria, así como en los debates parlamentarios de las Lejislaturas de que fué miembro; i si en ellos no lució por los ímpetus de una elocuencia arrebatadora, nunca dejó de hacerse notar por la solidez de sus razonamientos i la elevacion de sus principios políticos.

Pero de todas las necesidades de este órden, ninguna le preocupaba tanto como la reforma de nuestra lei electoral. Elevado al Ministerio en

1858, su primer cuidado fué tratar de mejorar el proyecto presentado por el Ejecutivo a las Cámaras de aquel año, i si sus esfuerzos quedaron estériles desde que su propio decoro i la imposibilidad de hacer el bien le obligaron a alejarse del poder, no por eso los que le conocimos dejamos de aplaudir la justicia i liberalidad de sus ideas. Yo tuve la complacencia de oírle espresarlos alguna vez, i puedo asegurar que, en mi concepto, él habia discurrido el medio mas prudente i acertado de hermanar la libertad con las garantías necesarias al ejercicio del derecho de eleccion. En esta materia, mas que en otra alguna, él creia que era indispensable edificar, pero con solidez i moderacion, i atendiendo sobre todo a la naturaleza i circunstancias de nuestro pais. En su opinion, era urgente reformar esa parte de nuestra lejislacion i darle la coherencia que le falta con nuestras costumbres públicas; llenar sus vacíos, corregir sus imperfecciones, hacer del sufragio una verdad, i acomodar sus formas i su espíritu al espíritu i i tendencias de una sociedad que, despues de cincuenta años de libertad constitucional, puede pasarlo mui bien sin anarquía, como sin tutores, pedagogos ni tiranos. ¡Hermósons principios en un gobernante chileno, i que brillan con tanto mayor esplendor cuanto mas oscuro es el firmamento en que aparecen!

La importancia de una buena lei electoral es, en efecto, un punto tan claro i sobre el que tanto se ha dicho, que en los pueblos libres pasa por una verdad implícita que todo el mundo conoce i comprende. Sin embargo, en la perversion sistemada de las ideas i de las palabras, hoy dia tan en boga entre nosotros, no solo el resultado del sufragio popular sino que hasta la misma soberanía de la nacion se ha negado i desnaturalizado, sacándosela de su propia esfera para hacerla servir a intereses mezquinos i hostiles a la democracia i a la república. Eso no significa para mí sino el abuso de los términos, o bien, la elacion i el cálculo de políticos humoristas, que en el estudio del problema social no buscan la verdad sino su conveniencia, i que, a trueque de decir novedades agradables a los gobiernos, ostentan un lujo de verbosidad i erudicion, que hace alarde de acometer hasta contra los principios mas obvios de la razon humana. Pero en el republicanismo puro de Sanfuentes tales aberraciones eran otras tantas causas de desaliento i de amargura para su corazon. En su espíritu altamente ilustrado, nada encontraba ménos cabida que el *gobierno por derecho propio*, o sea, la prerogativa de gobernar con un sistema caprichoso i establecido *a priori*, que es la base de los absolutistas. I en efecto, cuando gobernantes obstinados i que disponen a su antojo de la fuerza pública, no quieren tener *deberes* sino *derechos*, ni rejirse por la opinion sino por sus intereses i los de su círculo, claro está que, aunque se viva en república, el pueblo deja de ser señor para convertirse en vasallo: la autoridad que le ofende, por un contrasentido del sistema representativo popular, no puede cambiarla, ni aun usando de

los medios que él mismo empleó para constituirlos; i como vosotros estais viéndolo, señores, es imposible que deje entónces de establecerse una funesta lucha entre la nacion *soberana* i el ejecutivo *mandatario*.

Semejante situacion jamás pudo convenir con la rectitud i la probidad immaculadas de Sanfuentes, pues lo que él amaba sobre todo, lo que constituia su único, su verdadero ídolo, eran la justicia i la libertad. Amábalas considerándolas en sí mismas i en el santuario de su conciencia, como el primer principio del ser moral i como la fuente de donde nacen toda fuerza i toda virtud: amábalas tambien por respeto a los pueblos aherrerojados, a la opinion pisoteada, al espíritu público degradado, al talento envilecido i a los corazones faltos de valor i de fé, cuando podrian obrar prodijios poniendo en movimiento los resortes del patriotismo i de la legalidad: amábalas en fin, porque sabia que todos los rasgos vergonzosos, de que tanto abunda la historia de su patria como la del extranjero, han correspondido siempre a las épocas de esclavitud política: i a pesar de su aparente frialdad i de su reserva, experimentaba por la libertad i la justicia ese amor ardiente i puro, bajo cuyo influjo la conciencia se inflama i hace juramento de profesar un odio eterno contra la opresion.

Aunque mi antecesor nunca hizo de la política su exclusiva ocupacion, i aun cuando sus deberes de mejistrado le alejaron completamente de ella en estos últimos años, yo creo que él estaba llamado, no obstante su excesiva modestia, a ocupar algun día en su patria el mas alto puesto por la lucidez de su intelijencia, la nobleza de su carácter i la nunca desmentida rectitud i elevacion de sus principios. Si en su corta existencia todo fué lógico i eslabonado, i si nadie pudo notar jamás la menor contradiccion en sus ideas; si, dominando con su clara razon los puntos culminantes del mundo político, llegó a encontrarse débil i no tuvo esos momentos de vértigo, ni uno de esos arranques fecundos i jenerosos, tan frecuentes en los hombres que alcanzan a su altura; si, profundamente impresionado de los peligros que amenazan a la libertad en medio del trastorno i las revueltas, no tuvo fuerza bastante para luchar con denuedo por el establecimiento de un órden legal que afiance los derechos de los pueblos: en cualquiera de estas hipótesis i aun en todas ellas cábe-me, empero, el placer de elojiar sin restriccion i con entera justicia su claro talento, el vigor de sus jenerosas convicciones, su honradez i laboriosidad, i la constante nobleza i sinceridad de su alma. Alejado por sus padecimientos de los círculos donde habria lucido en primer término, puede decirse que para él la gloria i la felicidad solo han empezado con la muerte. Despues de haber ocupado en la república los puestos mas distinguidos, i cuando por su noble conducta estaba sirviendo de modelo en la majistratura superior, ha bajado al sepulcro llevándose la simpatía de todos los hombres que saben gustar los frutos del entendimiento i adorar en las buenas acciones.

I no es ciertamente, señores, la necesidad de llenar una vana fórmula lo que me hace tributar aquí este ligero homenaje a su memoria: es la justicia con que todo Chile ha bendecido al hombre ilustrado i benéfico, al recto majistrado, al político liberal que solo tuvo en su vida amigos i admiradores. Corta, demasiado corta, fué aquella para su patria; pero el espíritu se detiene complacido en los esfuerzos de este hombre raro, que, sin embargo de la brevedad de sus días, ha podido legar una série de importantes servicios a su país i de hermosas producciones a las letras americanas. Yo, que tuve la fortuna de conocerle de cerca, no he podido, señores, pronunciar su nombre sin detenerme un instante en sus virtudes, i sin saludar con mi débil palabra esa noble figura que brilló en nuestras tempestades políticas como una prenda de reconciliacion i de paz; que solo se mezcló a los partidos para suavizarlos i tratar de dirigirlos por la senda de la justicia, a la majistratura para enaltecerla, i al gobierno de su patria para elevarlo i servirlo con las luces de su intelijencia i la bondad de su corazon.

Como complemento del precedente estudio, insertamos á continuacion otro sobre la vida i escritos del mismo señor Sanfuentes, hecho por don Domingo Arteaga Alemparte i comunicado a la Facultad de Humanidades en una de sus sesiones del año anterior.

Recibir con la vida una intelijencia vasta i poderosa, es un gran beneficio que suele hacer Dios al hombre, pero no el mayor de los que reparte su pródiga mano: hai otro mas precioso todavía, i es el de nacer con un corazon jeneroso i sensible, capaz de las nobles abnegaciones que el bien inspira i de los vivos entusiasmos que despierta la belleza. Si son pocos los que obtienen el primero de esos dones divinos, no son mas los que alcanzan el segundo, i es estremadamente reducido el número de los que entran en la existencia heredados con el uno i el otro. Personificacion la mas elevada i compleja del alma humana, forman estos últimos la falanje escogida de la Providencia para defender del egoismo i el miedo, dos poderosos enemigos, la dignidad i excelencia de nuestra especie. A esa falanje, de que salieron los profetas i los apóstoles de los siglos pasados, pertenecen los héroes i los poetas de nuestra edad. I cuando digo los héroes i los poetas, ya se ve que no comprendo entre éstos la profusa caterva de versificadores que acostumbran a decorarse con tan hermoso nombre, como no cuento entre aquellos los estrepitosos sableadores que la fama, sobrado complaciente a veces, suele llevar sobre sus alas; sino que consagro esclusivamente tales dictados a los pocos hombres que aparecen en cada pueblo ofreciéndole los ópimos frutos que rinde el

consorcio del talento i el corazon. Verdaderos soles del mundo moral, que iluminan con la luz de su inteligencia i fecundan con el calor de su sentimiento.

Uno de estos seres privilegiados era don Salvador Sanfuentes, a quien acabamos de perder i en quien vimos asociadas superiores facultades intelectuales con una alma abierta a todas las inspiraciones de lo bello i lo bueno. Al emprender este estudio sobre su vida i escritos, líbreme Dios de intentar pedir prestada una hipérbole a la retórica, para elevarle hasta la altura en que se cierrén los hombres extraordinarios que el mundo bautiza con el nombre de *jenios*. Tal proceder seria desleal tratándose de Sanfuentes, cuya modestia no fué la menor de sus virtudes, i cuyos méritos tienen demasiado brillo para que hayan menester del mui dudoso que despiden los oropeles del panejrico. Pero, si no fué él un hombre extraordinario, si en llamarle *jenio* habria exajeracion, tambien habria injusticia en no reconocer que fué juntamente un ingenio distinguido i un poeta inspirado, un hábil estadista i un patriota sincero, un hombre, en suma, que empleó en el servicio de su pais como en el cultivo de las letras un gran talento i un corazon de oro. Estas dos fuerzas del espíritu humano, no siempre bien concertadas i rara vez igualmente eficaces, se hallaban acopladas a maravilla en el alma de Sanfuentes, dotadas del mismo vigor la una que la otra, sometidas a un mismo impulso, dirigidas a un mismo fin. I el bien fué de continuo el fin a que tendieron, el bien bajo sus tres metamórfosis mas brillantes: lo verdadero, lo justo i lo bello. Sin advertir el feliz acuerdo que existia entre la inteligencia i los sentimientos de Sanfuentes, sin observar el doble poder que ella i ellos recibian de ese acuerdo, no seria fácil esplicarse su vida tan breve como bien empleada, tan laboriosa como fecunda. Solo tomando en cuenta ese concierto afortunado, se concibe cómo llegó a ser, en el corto período de su existencia, administrador de la república celoso e intelijente, atinado político, diestro orador parlamentario, entendido jurisconsulto, magistrado intejérrimo, erudito literato, prosador elegante i el mas fecundo de nuestros poetas. Solo así se alcanza de dónde pudo sacar la infatigable actividad i tino constante que desplegó en su oficina de empleado subalterno, en su despacho de Intendente, en su gabinete de Ministro; cómo pudo pronunciar numerosos discursos en las asambleas lejislativas i tomar parte en sus mas importantes discusiones, componer millares de versos, desempeñar muchos otros trabajos literarios, robustecer incesantemente su espíritu con estudios sérios i variadas lecturas, en medio de penosas enfermedades que le aquejaron desde su primera juventud hasta su muerte, i apenas le concedieron tal cual momentánea tregua. Solo así finalmente se comprende cómo, habiendo ocupado en la república tan elevados puestos, en que otros hombres no hacen sino sembrar faltas i cosechar ódios, supo descender de ellos sin el remordimiento de las primeras ni el acíbar

de los segundos, i morir bendecido de todos, de nadie maldecido. Al espirar no dejaba ningun enemigo.

I al espirar Sanfuéntes, comenzó su verdadera gloria. Miéntras vivió, si bien obtuvo el homenaje de estimacion i respeto debido a su acendrado mérito, fué poco aplaudido, despertó poca admiracion. A la verdad, preciso es achacar esta parcimonia, así a la índole de su carácter tímido i modesto, que huía de las ovaciones ántes que buscarlas, como a la condicion de su entendimiento, claro i profundo mas que brillante, ocasionado a las meditaciones ordenadas i serena contemplacion, mas que a los rápidos movimientos del entusiasmo i a los fogosos arranques de la fantasía, que constituyen la principal fuerza de ciertos ingenios ruidosos cuanto celebrados. Aseméjause éstos en ocasiones a la sonante catarata que se lleva por entre riscos i breñas, llenando con sus ecos los bosques vecinos i corriendo a confundir con las olas del Océano su estéril raudal; al paso que Sanfuentes pudiera compararse al riachuelo cristalino que cruza humilde i sosegadamente los campos, da de beber a los rebaños, hace brotar las espigas, i hermana la frescura de sus aguas con la amable sombra que prestan al caminante los árboles de su orilla: todo el mundo va a vistar la catarata, todos la conocen, miéntras que pocos, al atravesar el riachuelo, fijan la vista en su limpia corriente que han enturbiado, o saben su nombre si tal vez lo tiene. Bajo algun respecto, cúpole en vida a Sanfuentes una suerte tal. Pero la recompensa, que de cuando en cuando no parece sino que fuera coja como el castigo, llega como él tarde o temprano, i llegó para el hombre eminente de quien estoi hablando cuando hubo dejado de existir. Entónces se revelaron las hondas simpatías que le guardaban i el sincero pesar que con su muerte recibian todos los hombres que entre nosotros saben gustar los frutos del entendimiento i adorar en las buenas acciones; i el vulgo superficial i distraido, incapaz de observacion pero propenso al contagio, se contagiò del pesar i simpatías de esos hombres e hizo coro a sus justas lágrimas como a sus justos encomios. De esta suerte el pais entero proclamó la lejitima gloria de Sanfuentes.

El espíritu se detiene complacido en la vida de este hombre, que le ofrece simultáneamente un bálsamo i un ejemplo. Con el perfume de serenidad que se exhala de su firme fé religiosa, de su tranquila constancia en el trabajo, de su perseverancia en el bien, le brinda un bálsamo para las crueles agitaciones del desaliento i la duda, dolencias endémicas de nuestro siglo; i le presenta un ejemplo que imitar en la provechosa armonía que supo establecer entre su intelijencia i su corazon, consiguiendo por este medio legar una serie de importantes servicios a su pais i de hermosos trabajos a las letras. Hoi en dia que se pregona en donde quiera el imperio absoluto de la razon i se quiere arrebatar al sentimiento toda influencia en nuestros destinos, aquel ejemplo es tanto

mas saludable cuanto proporciona un argumento capital contra tal tendencia, que pretende cegar la fuente mas fecunda de las acciones jenerosas i de la felicidad humana. Así lo comprendia Sanfuentes, conocedor como era de su época, i se sentia aislado en medio de nuestra jeneracion escéptica i ensimismada. De aquí la timidez de su carácter, cierta desconfianza instintiva de los hombres de que trasmina su vida, i ese vapor de melancolía que sirve de atmósfera a sus cantos i les comunica particular atractivo.

Tal es en resumen el aspecto bajo el cual he contemplado a don Salvador Sanfuentes, reflejado en su vida i en sus escritos. Estudiando los segundos con decidida afición e investigando con prolijo interes el curso de la primera, no sé si habré acertado a ver bien su figura en ese doble espejo. Si así no fuere, si por tratar de ser justo i verdadero, tuviera la desgracia de menoscabar su gloria o desfigurarla, me confesaré culpable de todo, salvo de falta de buenas intenciones.

I.

Don Salvador Sanfuentes i Torres nació en Santiago el 2 de febrero de 1817. Es su padre, pues vive todavía entre nosotros, un caballero español que a principios del siglo vino a establecerse en la capital. Aquí se dedicó al comercio i tomó por esposa a la señorita Torres, hija de una familia principal del país. Vinculado de esta manera a Chile, lo miró como a una segunda patria i a los chilenos como a sus compatriotas. Algunos de ellos, forzados a emigrar despues del glorioso desastre de Rancagua, no vacilaron en confiarle varios depósitos de dinero, que él por su parte supo guardar. Habiendo sabido Marcó la existencia de esos depósitos i querido secuestrarlos, intentó en vano arrancárselos a Sanfuentes, que fiel a la confianza que habia inspirado, logró conservarlos i devolverlos, mas tarde a sus dueños. Este leal proceder, que tanto le honra, fué grande parte para eximirlo de las represalias que tomaron en los peninsulares los patriotas vencedores en Chacabuco.

Cuando los bravos que triunfaron en esa memorable jornada entraban en la capital, acababa de venir al mundo don Salvador, primojénito de la familia de Sanfuentes. Su primera infancia trascurrió, pues, en medio de los grandes acontecimientos i sangrientas vicisitudes que llenan aquella época; i su educacion debió de ser mui severa, como lo prescribian las ideas que entónces imperaban. Contaba apénas doce años de edad cuando comenzó a aprender la lengua latina en una clase que rejentaba en el convento de Santo-Domingo el canónigo Puente, tan nombrado en los fastos escolares del tiempo. En estos primeros estudios, como en los que hizo mas tarde, no solo se distinguió siempre por su aplicacion i la precocidad de su intelijencia, sino mui marcada-

mente por su carácter tan apacible i circunspecto cuanto es difícil imaginárselo en un niño. Grave i pensativo en el aula, estudiaba mucho, hablaba poco, no reñía nunca con sus compañeros, nunca hacia baza en sus bulliciosos juegos, ni en sus travесuras mas o ménos malignas, ni en las charlas interminables que provoca en la infancia la injenuidad indiscreta i frívola efusion de sentimientos que la dominan. Parecia siempre absorto con sus pensamientos i estudios, i progresaba en estos últimos rápidamente. Ya al terminar el año de 1829, terminaba él tambien el aprendizaje del latin, que llegó a saber bien. Fué por aquel tiempo cuando hubo de separarse del colejio para ir a acompañar a su padre en el comercio. Pero esta separacion duró poco, i el año de 1831 le vió cursar la filosofía en el "Colejio de Santiago," establecimiento de educacion fundado el año precedente, i recibir lecciones de esa ciencia de un sábio benemérito, como Sanfuentes mismo debia llamar despues a don Andres Bello, en una Memoria ministerial (1). Concluido que fué aquel curso, abandonó por segunda vez las aulas i volvió al lado de su padre, que le dió participacion en sus especulaciones mercantiles. Mas éstas no pudieron conquistarlo ni destruir la aficion a las letras i ambicion de saber que ya habian prendido en su espíritu i crecian rápidamente. Natural era, como sucedió, que su vocacion no tardara en arrastrarlo de nuevo a los estudios, los que hubo de réanudar, no ya en las clases de un colejio, sino en un curso privado de literatura i jurisprudencia que don Andres Bello empezó a profesar en su propia casa el año de 1834. Bajo la envidiable direccion de tal Mentor, acendróse en Sanfuentes el amor al estudio, se formó su gusto literario i tuvieron lugar sus primeras entrevistas con la Musa, a quien guardó tanta fidelidad durante toda su vida, i en cuyo comercio halló tantas delicias i atractivos. Fruto precoz de estas tiernas relaciones fué una traduccion en verso de la "Ifjenia en Aulide" de Racine, a la cual sirvió de editor su propio maestro el señor Bello; quien al publicarla en *El Araucano* de 28 de marzo de 1834, le hizo preceder un corto pero lisonjero juicio. I no solo era favorable sino justa la sentencia de ese juez el mas competente, porque el jovencito Salvador, que acababa de cumplir diez i siete años, habia conseguido en aquella traduccion verter con felicidad al castellano los majistrales versos del poeta frances. De este tiempo data la preferencia constante que Sanfuentes dispensó a Racine, como que éste, Virjilio i Ercilla fueron sus autores favoritos.

Pero sus inclinaciones literarias debian verse contrariadas con frecuencia i hallar en su curso mas de un rival. El que ahora encontraban

(1) Documentos Parlamentarios, tom. 3.º — Memoria de Justicia, Culto e Instruccion Pública de 1847.

era la carrera de los destinos públicos, que llamó a Sanfuentes a ejercerlos sin esperar a que hubiese enterado diez i nueve años. El de 1835, en que seguia aun el curso de jurisprudencia ya referido, pidió el Ministro Portales al señor Bello i al Rector del Instituto Nacional que le designasen los jóvenes mas sobresalientes entre sus respectivos alumnos, deseoso de proveer en ellos algunos cargos subalternos de la Administracion. De los que designó el primero, fué, como era de esperar, don Salvador, que habia descollado a un tiempo por las raras facultades de su intelijencia i su empeño en cultivarlas; i salió en consecuencia a servir una plaza de oficial ausiliar en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Al entrar en este destino poseia, ademas del latin i el frances, la lengua inglesa, adquisiciones bien difíciles de hacer en aquel tiempo i a la edad que entónces tenia Sanfuentes. Su conocimiento de esos dos últimos idiomas le proporcionó las primeras tareas de su empleo, que fueron traducciones de documentos diplomáticos. No era menester mucha perspicacia para comprender, por el tino i actividad que empleaba don Salvador en el cumplimiento de sus deberes, que era mui apto, no obstante su extrema juventud, para hacer algo mas importante que traducciones. Así fué que no pasó el segundo año de su carrera de empleado junto a la mesa de oficial ausiliar, pues en octubre de 1836 se le nombró secretario de una mision diplomática que a la sazón se confiaba a don Mariano Egaña cerca del gobierno peruano.

Era bastante singular esta mision, llena de pacíficos propósitos a creer en sus credenciales, destinada a restablecer la buena intelijencia entre Chile i el Perú, un si es no es menoscabada, i que sin embargo se hacia trasportar a las costas de ese pais por una escuadra de cinco buques de guerra (1). Salió esta de Valparaiso, i abordo de ella Sanfuentes, el 18 de octubre del año citado, i fué a echar anclas en la isla de San Lorenzo a la entrada del puerto del Callao. Apresuróse su almirante a prevenir de su llegada al gobernador de dicho puerto i anunciarle que esperaba a la brisa para entrar en el surjidero. Pero el gobierno del Perú no habia logrado persuadirse los amistosos fines de aquella mision diplomática armada en guerra, i ajitado de vivos recelos, hizo saber, por medio del gobernador del Callao, al almirante de la escuadra, que estaba cerrada a sus buques la entrada del surjidero i toda comunicacion con tierra, en que solo se invitaba a saltar al Ministro Plenipotenciario con su comitiva. Esta cautelosa providencia puso a don Mariano Egaña en el caso de no desembarcar i de dirigir repetidas reclamaciones al gobierno peruano, que no habiendo satisfecho a ellas debidamente, recibió el 11 de noviembre la declaracion de guerra que le hacia Chile por el órgano de su

(1) Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores.

representante. Mensajero de la declaracion fué don Salvador, i debió a tal circunstancia la ocasion de pisar el suelo de los Hijos del sol, que de otra suerte habria tenido que resignarse a contemplar solamente desde la cubierta de la goleta *Colocolo*. Abordo de este buque regresaron a Valparaíso el ministro i su secretario.

Restituido a Chile al espirar el año de 1836, volvió Sanfuentes al Departamento de Relaciones Exteriores, donde agregó a sus ocupaciones de oficinista los estudios legales que proseguia, i la redaccion de numerosos artículos sobre la guerra contra el Perú, que revisados primero por don Andres Bello, iban despues a llenar los editoriales de *El Araucano*.

Así discurrió la existencia de Sanfuentes hasta el mes de octubre de 1839, en que pidió i obtuvo licencia para separarse por un año de la oficina, a fin de atender al restablecimiento de su salud, presa ya de las enfermedades que tan triste compañía le hicieron durante su vida (1). Luego de vencido ese plazo i recobrado un tanto de sus dolencias, fué llamado a desempeñar el destino de Oficial Mayor del Ministerio de Justicia, Culto e Instruccion Pública, al mismo tiempo que llegaba a hacerse abogado. Los trabajos de esta profesion i los de aquel cargo, dieron abundante pábulo a su actividad i la absorbieron casi enteramente hasta el año de 1842. Sentia ahora su índole laboriosa un nuevo aguijon con la esperanza de ser en breve padre, pues colmando los votos de su alma, se habia casado recientemente con la señorita Matilde Andonaegui.

Entre tanto las aficiones literarias de don Salvador, si no habian perecido, se hallaban ociosas i supeditadas en su mente por tareas poco conciliables con ellas. Pero aguardaban inquietas una ocasion propicia al desquite, i esta ocasion no tardó en presentarse. Una polémica de la prensa la trajo consigo.

Esa polémica inaugura la segunda época de su vida, mucho mas brillante sin duda que la que acabo de recorrer. Mas no por eso deja de ofrecer ésta un hermoso cuadro, en que el talento se da la mano con el estudio, el tino con la laboriosidad, i en que la herencia que Sanfuentes recibió del cielo se ostenta así acrecentada i santificada por el trabajo.

II.

El año citado de 1842 es en el que empezó nuestra ejira literaria. Verdad es que ántes de esa fecha habia enumerado Chile entre sus hijos unos cuantos escritores políticos i dos o tres rimadores que la fama lisonjera de su tiempo aclamó poetas; pero sobre ser poco elevada la cifra que

(1) Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores.

juntos componian los unos i los otros, apénas si alguno de ellos satisfacía las condiciones que dan derecho al nombre de literato. Este nombre, conformándose a una estricta justicia, no habria debido aplicarse hasta entónces sino a los pensadores estranjeros que, desde la introduccion de la imprenta en Chile, ilustraron nuestras discusiones i dieron a luz notables i variados escritos; a Irisarri, a Egaña, a Monteagudo, a Garcia del Rio, a Mora, a Blanco, a Bello, literato este último a quien tanto deben en América, i señaladamente en nuestro pais, el buen gusto i los buenos estudios (1).

Solo despues de la fecha que acabo de fijar, se aclimataron entre nosotros las bellas letras i rindió su cultivo frutos sazonados; de suerte que ya poseian muchas secciones de la América Española una literatura nacional cuando la nuestra principió a florecer. Esta posterioridad se explica naturalmente por los antecedentes históricos de Chile i por el carácter de los chilenos.

Supérfluo me parece recordar que las letras no hallaron cabida en la sociedad chilena durante la dominacion española, bajo la cual vivió Chile pobre, ignorante i sumiso como pocos de sus compañeros de coloniaje. Si para emanciparse i constituirse en estado soberano supo sacar fuerzas de flaqueza, organizando en medio de su ignorancia un gobierno nacional i una administracion pública eficaz i vigorosa, levantando ejércitos i equipando flotas en medio de su pobreza, improvisando capitanes i ciudadanos en medio de su servidumbre; no alcanzó el objeto de sus esfuerzos sin largos reveses, sin victorias costosísimas, sin violentas agitaciones. Entre estas borrascas porque atravesaron los primeros años de la República, no era posible que nuestros ingenios encontraran la serenidad de espíritu, el bienestar moral de que han menester los trabajos literarios; i cuando a las tempestades sucedió la calma, no debian ser tampoco esos trabajos los que cautivasen la accion de su intelijencia. Frios de su natural los chilenos, circunspectos, calculadores, apegados a los intereses materiales, inclinados a lo útil mucho mas que a lo bello, si hoi dia, en que los ocios de una paz opulenta los convidan a las tareas intelectuales, las miran no obstante con desamor i las estiman en poco; ya puede sospecharse que no les tendrian mas aficion ni les darian mas precio entónces, cuando aun estaban mal recobrados los ánimos de las inquietudes de una lucha reciente, i cuando el pais empobrecido i devastado por la guerra exijia la satisfaccion de mil necesidades de condicion premiosa. A este fin convirtieron pues su actividad e interes, i a cuanto podia ofrecerles inmediata utilidad, beneficios tanjibles, abste-

(1) *Don Salvador Sanfuentes. Poetas*, por don Miguel Luis Amunátegui; artículos críticos publicados en la *Semana*, que he consultado a menudo en esta parte de mi estudio.

niéndose entre tanto de todo empeño literario de alguna trascendencia.

Por eso no es de estrañar que al principiar Chile el año de 1842, estuviese esperando todavía el nacimiento de su literatura; ¡quizá habria tenido que pasar algunos años mas en la misma espectacion, a no haber sido la feliz ocurrencia de un periodista argentino, a quien vino el pensamiento de picar a los chilenos el amor propio, el mas sensible de sus afectos.

Era ese periodista don Domingo F. Sarmiento, redactor por entónces del *Mercurio* de Valparaiso; i fué el caso que este redactor hubo de maldecir, en alguno de sus artículos, del estudio de la lengua castellana, al que acusaba de inútil i hasta pernicioso al progreso intelectual de la nacion. Con proposicion tan estraña i vertida en el estilo brusco i perentorio que le es propio, dió motivo a una violenta polémica, en que la pasion entró por mucho i en que sus adversarios no dejaron de hacer memoria de los escritores argentinos para motejarlos de pésimos hablistas. La reminiscencia no era sino peligrosísima, i tanto que dió a Sarmiento una arma mas de combate, dándole ocasion de recordar la fecunda vena de los literatos trasandinos, i de contrastar sus numerosas producciones con la pobreza solemne de los ingenios de Chile. En este nuevo terreno del debate, se echó a buscar el periodista argentino la causa de la infecundidad literaria que criticaba i creyó descubrirla en la importancia prestada por los escritores a las formas exteriores del pensamiento, en su veneracion supersticiosa a la pureza del lenguaje; veneracion e importancia que, poniéndolos bajo la tutela de tiranos gramáticos i retóricos tiranos, detenian su inspiracion en la mitad del vuelo, cortaban a su intelijencia las alas i las hacian incapaces de espresar i aun de adquirir ideas propias.

Esta opinion, emitida con un aplomo vertical, envolvía visiblemente dos imputaciones erróneas: la una a los ingenios nacionales, a quienes achacaba una fidelidad al habla castellana, al lenguaje correcto i castizo, de que hasta hoi por desgracia no han dado pruebas mui convincentes, salvo escasas cuanto felices escepciones; i la otra a la buena elocucion, a la cual atribuía la soñada virtud de abatir el talento i sojuzgarlo, como si éste no tuviera recursos para adquirirla sin sacrificios, como si el pensamiento no necesitara un ropaje de que vestirse i no hallara en ella el mas elegante i el único duradero, como si el literato, pintor de ideas i afectos, no hubiera menester de ella como ha menester del dibujo el pintor del mundo visible.

Mientras que Sarmiento turbaba de esta suerte la profunda paz en que vivia entónces la prensa diaria, i movido de una intencion laudable, daba palos de ciego al idioma español; los escritores chilenos se esforzaban a probar la mitológica existencia de la literatura nacional i defendian su causa como mejor podian. Pero la causa era mala, i su defensa in-

fructuosa, sobre ser difícil de hacerse. Cedieron, pues, luego de tal empeño i contrajeron sus conatos a vindicar prácticamente las buenas disposiciones de los chilenos para el cultivo de las letras i la aptitud en que estaban de crear una literatura, que no habian creado todavía.

Una sociedad i una revista literarias se encargaron de realizar el nuevo propósito. En la primera se ostentaba la flor i nata de los talentos e ilustraciones de la época, algunos de los cuales descuellan hoi en día en las letras o en la república, i bajo su direccion salió a luz la segunda, con el título de *El Semanario de Santiago*, el 14 de julio de 1842.

Entre los promotores mas eficaces de su publicacion i entre sus mas laboriosos colaboradores, contó don Salvador Sanfuentes, a quien los tiros de Sarmiento habian herido en lo mas vivo. La aspereza de los ataques de este escritor, que (justicia es confesarlo) no se olvidaban de imitar sus contrarios, fué poderosa a hacer en el espíritu de don Salvador una impresion acerba, traducida al papel por el tono zumbon del prólogo de *El Campanario*. Natural era que así sucediese, atendido su carácter i su inespriencia de esos duelos de la pluma que se llaman polémicas, en que no es el peor librado el que recibe algun rasguño que desfigura sus convicciones i lastima sus sentimientos. Pero tan penosa como fué aquella impresion, bien puede serle perdonada a su autor en gracia de las consecuencias. Ella debió de ser sin duda grande parte para estimular la intelijencia de Sanfuentes, que, ademas de algunos artículos de crítica literaria i alguna poesía fujitiva, publicó en *El Semanario* el hermoso poema que hace un momento he citado: *El Campanario*, leyenda nacional en tres cantos i en variedad de metros.

Desde la aparicion del *Campanario*, ha dicho un discreto literato que hace autoridad en la materia, "dejamos de estar espuestos a sufrir la vergüenza de tener que quedarnos callados cuando se nos exijiese que nombráramos un poeta nacional (1)." I así es la verdad, i aunque de entónces acá hemos visto nacer muchos poetas cuyo nombre, llegado tal caso, nos evitaria vergüenza tal, el merecido valimiento de que estos han gozado con el público no ha conseguido llevar a su ocaso la fama bien adquirida que se granjeó a su aparicion i que hasta hoi disfruta el *Campanario*. Si el tiempo, como muchas veces i con mucha justicia se ha dicho, es el crisol de lo verdadero i lo bello, el poema en cuestion, que se ha acendrado en ese crisol, es fuerza que sea clasificado entre los metales preciosos de nuestra literatura. I esto con tanta mas razon, cuanto nada es mas fácil que comprobar su mérito por el rápido estudio de su fábula. A tal estudio me atrae ademas la oportunidad de ver nacer i desarrollarse, en la primera obra de Sanfuentes, el carácter de su

(1) Artículos críticos de don Miguel Luis Amunátegui, ya citados.

poesía con sus buenas dotes i sus malas inclinaciones; que si bien entónces su númen no habia alcanzado aun todo el vigor natural i aun tubeaba su estilo mal seguro, en cambio no habian venido todavía a torcer el curso de su inspiracion i a hacerla ménos espontánea, las influencias antipoéticas i las vicisitudes de su existencia que tendré mas tarde ocasion de observar.

Sosegada i monótona era la vida que, a mediados del siglo XVIII, vivian los buenos vecinos de Santiago, de los cuales era cierto marques ya entrado en años, rico propietario i devoto ejemplar. Verdad es que su borrascosa mocedad no habia ofrecido ejemplos mui edificantes; pero otra cosa eran los dias de su vejez, que corrían serenos i desocupados. La misa que a las ocho oia en su oratorio i a que seguia el chocolate, la comida a las doce i luego la siesta, mas tarde el mate i un paseo en caleza, al anochecer la asistencia a la casa de Dios o en su defecto el rosario dentro de la suya, con una visita a palacio que duraba hasta las diez, sumaban el total invariable i cuotidiano de los objetos que daban empleo a su actividad. A las doce roncaba el noble marques en medio de su noble familia, que le hacia coro. No era esta mui numerosa, pues no la componian sino su mujer, que lo era de edad provecta i de mucha piedad, su hija mui amada la hermosa Leonor, i su hijo don Cosme, el heredero del apellido, guapo mozo, si bien poco versado en artes ni ciencias, de que solo conocia la historia natural, i de esta solo la parte que trata de las costumbres de los cuadrúpedos. Mas recojida i no mas amena que la del marques era la vida de su familia, visitada de tarde en tarde por algun titulado, i con mucha frecuencia por el confesor, tesoro de buenas carnes i de buena moral, lleno de graves consejos i de anécdotas lijeras, poco aficionado al baile i mucho a los buenos bocados.

En el seno de esta tranquila existencia crecía Leonor, que iba a dar la mano a sus diez i ocho años.

Llegando a taledad, la mujer siente
Una vaga inquietud; gustosa mira
De dos palomas el cariño ardiente,
I apartando los ojos, así suspira:
Ama a los niños con amor vehemente,
I su inocencia encantadora admira:
Se vuelve ácia un espejo i se alboroz
Al notar con rubor que es buena moza.
I luego va a mirar si está el zapato
Ajustado a su pié; si el chal es rico:
Examina el vestido un largo rato,
I abre i cierra con gracia el abanico:
Se hace de crespos un pomposo ornato,
I ufana se acomoda el sombrerico:
I al fin despues de agitacion tan viva,
Viene a quedarse mustia i pensativa.

Obsérvese de paso con qué colores tan verdaderos está pintada, en esas dos excelentes estrofas, aquella edad de la mujer, henchida de atractivos misterios, de imaginaciones vagas, de afectos nacientes; en que las locas risas de la niñez se convierten en sonrisas discretas i pudorosas, i que ofrece el mismo aspecto rosado, fantástico, indeciso del alba de un día de verano. Pero el alba fujitiva dura poco i luego viene el sol a dorar muchas espigas i a quemar tal vez algunas flores.

I Leonor no era una espiga, sino una flor, como-vamos a verlo.

Llegó el cumpleaños del marques, i las puertas de sus salones se abrieron de par en par para recibir a toda la nobleza de Santiago que, con el Presidente del Reino don Antonio Gonzaga, eran invitados a un gran sarao. Entre la comitiva del Presidente podia mirarse un gallardo mancebo, el capitan Euljio, tan córtés i rendido con las damas como bizarro e invencible en la pelea. Hijo del pueblo, no contaba una serie de ilustres ascendientes, pero sí de ilustres proezas, que le habian granjeado mucho renombre i el favor de Gonzaga, a quien debia especial cariño. Así lo dejó ver bien a las claras, al presentárselo al marques, que mal de su grado i a pesar de su abolengo tuvo que ser mui amable con el plebeyo capitan. Quizá no lo habria sido tanto a haber podido descubrir lo que pasaba a la sazón en el alma de su hija, que a la primera vista de Euljio, sintió ya palpar mas aprisa su pecho. La simpatía, esa prestidigitadora de los sentimientos, habia sin duda dicho en voz baja a su corazón alguna palabra desconocida, cuyo sentido apenas sospechó en un principio. Mas cuando el capitan hubo cantado despues de Leonor una ternísima canción, i enlazado en el baile sus manos con las de ella, la graciosa niña comprendió asustada todo el sentido de la palabra desconocida.

Al terminar el sarao, habia sobre la tierra dos seres mas que pulsaban la misma cuerda i cantaban unísonos en el concierto de la existencia deliciosas variaciones sobre un tema mui sabido.

¡Incautos amantes que no preveian el fin natural de su naciente pasión! Porque si bien Euljio pudo, bajo el amparo del Presidente Gonzaga, volver a casa del marques, no pudo hacerse acepto al aristocrático viejo, que a un tiempo desdeñaba su estracción villana i temia las asechanzas de amor que pusiera a su hija. Para colmo de adversidad, murió de la noche a la mañana el protector del capitan, i este vió por consecuencia cerrársele las puertas del marques i con ellas las de su esperanza. En vano intentó romperlas empujado por la fuerza irresistible de la pasión, última reliquia del *fatum* pagano. En mala hora concibió, despues de la muerte de Gonzaga, el propósito de reanudar sus visitas en casa del marques. Al verle entrar en ella cierto día, la marquesa lo miró sin hablarle.

Mas con ceño tan agrio que bien puedo
 Al del Ande igualarlo, cuando en ira
 Furioso brama i nos infunde miedo.

A esta descortesía, hiperbolizada en el poema por la infeliz comparación citada, se siguieron otra i otra, a cual mas acerba, que pusieron lastimoso fin a la visita de Eulojio.

Cuando el capitán volvió a su casa, la idea del suicidio, idea obligada de los amantes infelices, se levantó en su espíritu; pero la abatió el recuerdo de Leonor. Comprando entónces a caro precio los buenos oficios de una esclava de la marquesa, consiguió hacer llegar una patética carta a manos de su adorada, que por desgracia no la dejó sin respuesta. I digo por desgracia, porque esa respuesta fué oríjen de una correspondencia epistolar, que preparó i trajo el rapto de Leonor por Eulojio en medio de una procesion de Viérnes Santo.

Huyeron de Santiago los dos amantes, i a las pálidos reflejos del sol poniente, en la dismantelada capilla de una pobre aldea, iban ya a renovar ante el altar i el sacerdote sus juramentos de eterno amor, cuando fueron sorprendidos por el marques i su jente, que los perseguían i los arrastraron a la capital, para sumir al capitán en oscura prision i a Leonor en negro desconsuelo.

Procesado Eulojio por raptor, fué juzgado i sentenciado a perpétuo destierro del reino, a pesar del alegato de su defensor, que se esforzó a justificar su conducta con el ejemplo del padre Júpiter i el de los compañeros de Rómulo.

Pero el alma iracunda i vengativa del marques quedó poco satisfecha de tal pena, i concibió i realizó un alevoso proyecto. Durante la noche fué arrancado de su prision el capitán, a cuyos carceleros se habia sobornado, conducido por el marques i tres esclavos suyos a un campo desierto i asesinado en medio del bosque, dejando su cadáver insepulto para pasto de los lobos.

La noticia del crimen llegó luego a oídos de la infeliz Leonor. Rotos todos los lazos que la amarraban al mundo, trazada una huella indeleble de sangre entre su pasión i su cariño filial, se dejó llevar por sus padres hasta un convento, i desfalleciente el cuerpo, exánime el espíritu, pronunció en él unos votos ilusorios.

Era la media noche del día en que los habia pronunciado. El ambiente sereno no difundía ruido alguno por los grandes patios del monasterio; pero los rayos de la luna permitían distinguir una blanca figura que divagaba por los largos corredores. La figura se acercó al fin a la puerta del campanario, vaciló un momento ántes de entrar i luego desapareció para volver a aparecer en lo alto de la torre. Era Leonor, que miraba con ojos ya sin lágrimas las estrellas del cielo. De repente su hermosa

cabeza se estremeció i de su gargantase exhaláron los tristísimos acentos de esta canción, desordenada, incoherente, eco fiel del postrimer adiós que da a la vida una niña de diez i ocho años a quien han lacerado el corazón i torturado el espíritu :

Vuelan las hojas, las hojas
Sin cesar volando van,
I todas al fin caerán,
Porque es tiempo de morir.
Nacieron para secarse,
I aunque brillaron un día,
Cada sol que amanecía,
Las acercaba a su fin!

Yo también brillé como ellas,
I vi envidiar mi ventura;
Hoy ya ser se me figura
Hoja que volando voy.
Un sepulcro i una amante
Que sobre su mármol llora!.....
¿Por qué yo no soy ahora
La que en el sepulcro estoy?

Una mano me condujo
A un altar, i alguien decía:
¿Por qué lloras, vida mía,
Cuando un cielo veo yo?
I yo seguía llorando,
Aunque la voz me animaba.
¿Cielos ¿i por qué temblaba?
Ya todo se me olvidó.

¿Por qué a lo lejos no veo
Un incendio propagarse,
El huracán levantarse
I el viento en furor bramar?
Tal vez el mar furibundo
Hasta esta torre llegara,
I en sus olas yo mirara
Un cadáver blanquear.

¿Qué gloria morir con él
Aunque entre las olas fuese,
Sin que un tirano viniese
Nuestro abrazo a dividir!
Mas ¡ay! para mi consuelo
Ni un cadáver me conceden,
I solo las hojas pueden
Junto conmigo morir.

Un momento después tocaban a muerto las campanas de la torre, i las

monjas, que sobresaltadas corrieron al campanario, encontraron pendiente de una cuerda el cadáver de Leonor.

Tal es en esqueleto la fábula del poema, que se ha sabido vestir con mucho primor, haciendo poco perceptibles entre variadas i oportunas descripciones, ciertos visos de romanticismo cavernoso, que debió de proyectar sobre la imaginacion del poeta la boga en que a la sazón estaban las manías i exajeraciones de esa escuela literaria. Pero si Sanfuentes se muestra on el *Campanario* narrador ingenioso i feliz, no es este su único mérito, ni el mejor; pues el principal está en la propiedad del colorido que ha empleado para pintar la época i la escena en que se ajitan sus personajes, a quienes ha copiado con tanta semejanza que desesperaria de igualarla mas de un pintor. “Tomando por cuadro un argumento comun, el poeta ha evocado ante nuestros ojos las sombras de los personajes de otra edad, i ha sabido presentarlos con las creencias i maneras que les fueron peculiares. Los actores que figuran en el *Campanario* no son creaciones de novelista; son seres reales que han vivido. Hasta ahora no he leído nada que a mi juicio pueda dar mejor idea de lo que era la existencia doméstica de los colonos chilenos. (1)”

Se ha dicho que *El Campanario* es la mejor obra de Sanfuentes, i aunque yo esté léjos de tal opinion, me atrevo a creer sin embargo que, como la flor del almendro, no es la ménos hermosa por ser la primera. Los veinticinco años vivificaban entónces con su calor el alma de Sanfuentes, le hacian adivinar los misterios de la pasion, en que la práctica no le inició jamas sino mui poco, i comunicaban a su estro una animacion que tal vez perdió mas tarde; al paso que su estilo, sin fijeza todavía, carecia de ese tono uniformemente melancólico que adquirió despues, i tomaba de tiempo en tiempo ciertos aires de buen humor que le daban variedad, bien que no fuesen mui propios de su jenio poético. Además, el argumento del *Campanario* es, a mi entender, mucho mas abundante de interes i recursos poéticos que los de la mayor parte de sus poemas posteriores, en los cuales la índole de la pasion se ve a menudo, a pesar de la habilidad de poeta, contrariada o mal comprendida.

Acabo de observar que el estilo de Sanfuentes no tenia aun fijeza cuando compuso su primera leyenda; i era así en verdad, si bien su versificacion fuese ya jeneralmente correcta i fluida, aunque poco numerosa: lo que anunciaba un versificador, mas que fácil, diestro.

El Semanario concluyó con el año de 1842, i nuevos cargos públicos se preparaban para encerrar mas estrechamente el espíritu i actividad de don Salvador en la cárcel de los negocios políticos i administrativos. Pero en esa cárcel seguirá cantando, porque los poetas, como las aves, cantan tambien aprisionados en la jaula.

(1) Artículos críticos, ya citados, de don Miguel Luis Amunátegui.